

EL BAILE NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR

Sobre la arquitectura de Marcos Parga e Idoia Otegui (PO2)

PUBLICADO EN

Monoespacios Fundación COAM. Madrid, 2005

EL BAILE NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR

Sobre la arquitectura de Marcos Parga e Idoia Otegui (PO2)

Al igual que el dragón de la leyenda necesitaba de una nueva doncella cada día, que acababa devorada entre sus fauces, así el proceloso mundo de la Arquitectura de nuestros días necesita de nuevas gentes de las que luego, no queda nada. Sólo sobreviven los que se escapan, los que no se dejan atrapar.

Hay arquitectos que darían su vida por unas páginas impresas, donde sea. Hay arquitectos que sufren porque piensan que no aparecen suficientemente en los medios. Hay arquitectos que no hacen más que aparecer en todos los medios de comunicación. Y podríamos seguir describiendo infinitas variaciones sobre los tipos anteriores. Pero hay también otros arquitectos que van por libre, que van por la otra orilla, que se escapan, que no se dejan atrapar. Aunque a veces aparezcan en los medios porque es imposible esconder la Arquitectura. Y entre éstos, los libres, los liberados, Marcos Parga e Idoia Otegui.

Bajo dos letras y un número PO2 aparecen hoy aquí estos muy jóvenes arquitectos entrando con fuerza imparable en este círculo de tiza caucasiense que es el de los arquitectos emergentes. Con una arquitectura espléndida que vamos a analizar, y que tiene entre otras la virtud de poder ser recordada, de permanecer en la memoria.

Tras estudiar su obra, ya nunca se nos olvidará el Polideportivo Numancia en Santander, una pieza de madera imperecedera, ni el Centro Ocupacional de Vicálvaro, un ajustado artilugio industrial, ni el polideportivo de Burela aun antes de ser construido.

Ni sus casas: la T45 de Santiago con sus dos cerradas piezas superpuestas, o la impecable P12 de Foz con su metálica piel, o la sajada cubierta inclinada de la M3 en Santa María Alta. Todas casas radicales, con raíces.

Y parece que tampoco podrá abandonar nuestra retina el impresionante espacio vertical blanquísimo, repleto de vibrante luz, que es el vestíbulo central de su recién empezado a construir Auditorio Ciudad de Lugo. Brindaremos allí un día con el mejor de los ribeiros, borrachos de luz.

Decía Chillida que “todas las cosas se hacen importantes en los bordes, en los límites, cuando las cosas dejan de ser”. Y más, mucho más cuando se habla de arquitectura donde, se quiera o no, los bordes exteriores no pueden dejar de ser definidos y claros, y donde los interiores, por razón de la luz, también. Y así, precisas y con sus bordes bien definidos, aparecen todas las arquitecturas de Parga y Otegui que vamos a intentar analizar brevemente aquí.

PIEZAS PARA UN BAILE

Y vamos a analizar aquí las obras en que considero que con mayor claridad se manifiestan algunas de las características más propias de estos arquitectos: la libertad en la composición, la justeza en la articulación de los espacios o el profundo entendimiento del lugar.

El polideportivo Numancia en Santander, su primera obra de cierta envergadura nos produce un fuerte impacto ya desde esa rotunda imagen del cajón de madera rodeado de niños vestidos de color rojo. Una pieza de proporciones y dimensiones capaz de ser el nexo de unión de las tres Escuelas a las que sirve, y a la vez crear unos espacios exteriores muy bien articulados. La piel del edificio, de madera clara tachonada con piezas de madera oscura, como si de una jirafa se tratara, colabora a la capacidad de ser bien recordada de esta pieza. En su muy luminoso interior, una sección constructiva que hace referencia a Sota, con algo de su gallega finura. Por su claridad y sencillez. Incluso en el uso de la cubierta como pista para los más pequeños.

La casa P12, en la ría de Foz en Lugo, es un ejercicio estricto, radical y fuerte. Y su fachada metálica para acentúa aún más si cabe su tensión en el paisaje. La casa se abre generosamente en su planta baja con un gran hueco horizontal del que emerge como una lengua, o mejor una alfombra que establece con fuerza el plano horizontal dominante. La disposición de las partes (el dominio del arte de cisoria, que diría Oíza), impecable. Los detalles, precisos. Una casa que parecería planteada muy mecánicamente pero que después tiene la cualidad de hacerse con el paisaje que la acoge como su contrapunto.

Y como piéce de resistance, como plato fuerte, el Teatro Auditorio Ciudad de Lugo, cuyas obras están a punto de empezarse. Es emocionante el ver en el estudio la enorme cantidad de maquetas de trabajo, resultado de las dudas, preguntas y respuestas inherentes a una arquitectura hecha con el pensamiento y materializada con las manos. Como bien expresa Saramago en La caverna, un texto que deberían leer todos los arquitectos, con esos “como pequeños cerebros en los dedos” que todos los creadores tienen. Y mucho más los arquitectos.

Defendemos todavía algunos la precisión, algo que ha sido material de la arquitectura de todos los tiempos, también los por venir. Como para la poesía y las recetas de cocina. Calidades y cantidades y temperatura acordadas con los números, con la exactitud. Y este proyecto tiene a mi entender, como primera virtud la de su precisión. Las maquetas que se alinean en el estudio de Parga y Otegui no sólo son el resultado de un trabajo ingente y cargado de ilusión, sino también la prueba irrefutable de su tenaz búsqueda de la belleza a través de la máxima precisión.

El resultado es un edificio de plantas ajustadas, como las piezas de un reloj, que luego se alza con unas secciones presididas por un espacio central de vestíbulo de gran verticalidad acentuada por la luz. La luz que viene de lo alto vibra resbalando por unos blancos paramentos plisados que provocan una inundación luminosa en un espacio de gran dramatismo. Un espacio de una gran belleza.

CONCLUSIÓN

La espléndida obra de Parga y Otegui, corta por razón de edad, pero intensa por razón de su precoz madurez, anuncia una arquitectura que nos interesa de manera especial: una arquitectura que sin perder los mecanismos con que la Historia ha ido dotándola, se lanza a abrir caminos nuevos que construyan la contemporaneidad en el sentido más profundo. Un poco displicentes frente a los múltiples formalismos que nos invaden, están como yo ya dijera hace tanto tiempo de Sota, como yendo por la otra orilla del río. Conociendo perfectamente todo lo que pasa, pero sin dejarse arrastrar por la corriente. Si en el misterioso texto con el que alían el ejercicio que presentaron en la última Bienal de Venecia, entresacáramos los verbos que allí utilizan (discernir, señalar, subrayar, codificar, elaborar, configurar, etc.), podríamos deducir algo de su manera de pensar. Acaban ellos su texto con un “el juego no ha terminado” que yo parafrasearía con un “el baile no ha terminado”. Para ellos que se han metido en este peligroso juego de la danza cortesana que es la de los jóvenes arquitectos emergentes, “el baile no ha hecho más que empezar”. Y ellos han entrado con buen pie.

Alberto Campo Baeza

Uno de abril del dos mil cinco con lluvia